

Homenaje a Roberto González Echevarría

Por DUANEL DÍAZ INFANTE

El pasado 3 de marzo el profesor cubanoamericano Roberto González Echevarría recibió, de manos del presidente Barack Obama, la Medalla Nacional de las Humanidades. Sirva este texto como merecido homenaje al eminente crítico, ensayista e investigador de la Universidad de Yale.

Desde su temprano *Calderón y la crítica: historia y antología* (1976) hasta el más reciente *Cuban Fiestas* (2010), Roberto González Echevarría (Sagua la Grande, 1943) ha ido conformando una obra de las más sobresalientes en el campo de los estudios hispánicos en Estados Unidos. Doctorado en la Universidad de Yale, donde ahora es *Sterling Professor of Hispanic and Comparative Literature*, tuvo allí como profesores, además del gran crítico uruguayo Emir Rodríguez Monegal, al cubano José Juan Arrom, importante estudioso de la literatura latinoamericana colonial.

Entre los escritos de este último, algunos de ellos publicados en Cuba, y los de González Echevarría media, sin embargo, una distancia notable, y ello se debe, en parte, a la impronta de la nueva crítica francesa y de la deconstrucción, que tuvo en la Universidad de Yale su frente de avanzada en tierras norteamericanas. La obra de González Echevarría tiene ese *frisson nouveau*, el aire sofisticado de quien se detiene, como recomendará Paul de Man, en los

puntos ciegos del texto estudiado, para leer a contrapelo, pero evita, al mismo tiempo, los callejones sin salida a donde puede conducir ese radicalismo si se lo asume a ultranza. El influjo post-estructuralista está contrarrestado por la presencia soterrada de una tradición crítica de estirpe estilística y filológica (pensemos en los grandes romanistas Leo Spitzer, Auerbach y Curtius, mencionados por el propio González Echevarría en varias entrevistas). Ambas tendencias se complementan, diríamos, en obras tan logradas como *Alejo Carpentier: The Pilgrim at Home* (1977), donde González Echevarría ofrece una lectura sumamente productiva del autor de *El reino de este mundo*, rescatándolo de los estériles clisés de una maquinaria crítica que él mismo desencadenara con su prólogo de 1949.

Roberto González Echevarría es, a un tiempo, ambicioso y comedido. Si no recuerdo mal (no tengo a mano ese libro cuando escribo esta breve nota), en el prólogo a sus *Relecturas: estudios de literatura cubana* (1978), uno de sus primeros títulos, confesaba su predilección por el ensayo académico; a esos límites se ha mantenido fiel en el grueso de su obra crítica, a pesar de sus muchas colaboraciones en *The New York Review of Books* y otras revistas literarias. Sin embargo, dentro de la crítica académica, su curiosidad no ha encontrado fronteras. En un momento en que se acentúa la especialización dentro de los departamentos de Español, y los campos de Siglo de Oro, Literatura Latinoamericana Colonial y Literatura Latinoamericana Moderna se deslindan, González Echevarría ha hecho notables contribuciones en cada uno de ellos. Ha escrito acerca de los clásicos españoles (Calderón y Cervantes, sobre los que tiene libros), pero

también acerca de *La Celestina* y Góngora (“Apetitos de Góngora y Lezama” es uno de sus mejores ensayos) y los clásicos de la colonia, particularmente el Inca Garcilaso de la Vega y Juan de Espinosa Medrano, el Lunarejo. Y es justo ese conocimiento de los orígenes lo que enriquece su sostenida pesquisa sobre los problemas constitutivos de la literatura latinoamericana moderna, que tienen que ver con la búsqueda de una identidad propia con un idioma prestado, y la angustiosa pendulación entre mundonovismo y europeísmo.

Mito y archivo (1990, *Myth and Archive*) es, al respecto, su obra fundamental, pues ofrece, como indica el subtítulo, una teoría comprensiva de la narrativa latinoamericana. Más allá de las diferencias superficiales determinadas por las tendencias artísticas, esas que tienden a destacar la historia literaria tradicional, González Echevarría ilumina la relación profunda entre el discurso novelístico y las formas no literarias de discursos hegemónicos. Primero, el discurso de la ley, en la narrativa picaresca y las cartas de relación, luego, en el siglo XIX, la ciencia –los relatos de viajeros científicos, como Humboldt–, finalmente, a partir de la Primera Guerra Mundial, la antropología: esos serían los tres subtextos claves de una prodigiosa tradición literaria donde abrevan Sarmiento y Borges, Rómulo Gallegos y García Márquez.

No hay espacio ni tiempo para detenerse en otros libros de González Echevarría. Entre cubanos, no podríamos, sin embargo, terminar esta brevísima semblanza sin destacar *The Pride of Havana* (1999), su magnífica historia del béisbol en nuestro país.

